

Fué un 19 de Mayo

Por Carlos Robreño

POR los caminos que conducen a Remangana-guas, enlodados, a causa de los aguaceros primaverales, marchaba el fúnebre cortejo. Un cuerpo inerte, colocado sobre toscos tablones, era transportado en hombros de soldados enemigos y el sol, que horas antes, había sido testigo de la tragedia alumbrando con sus rayos, como él siempre lo había anhelado, el rostro del adalid que caía, se ocultaba en el ocaso para cubrir con negro manto la campiña, los montes y toda la inmensidad del firmamento.

Tal debió ser, sin duda alguna, aquel atardecer triste del 19 de Mayo de 1895, en que el desplome mortal de un hombre sirvió para colocar al final de una existencia una palabra gloriosa, que según nuestro Enrique José Varona, "pone un nimbo resplandeciente en torno de ciertas grandes figuras de la Humanidad"; es la que circunda a los Prometeos atados a la roca y a los Cristos clavados en la cruz: sacrificio".

Y sacrificio fue también su incesante peregrinar por tierras americanas, tratando de revivir en el espíritu de los escépticos una llama que parecía apagada por la decepción. ¡Qué fácil puede ser avivar el estímulo de los aventureros y los románticos, con objeto de llevarlos a una empresa jamás intentada, en la cual el triunfo puede significar abundancia de oro o de laureles inmortales! Mas, ¡qué voluntad de acero se necesita para no sentir el cansancio que produce la inutilidad de un esfuerzo, cuando siempre se escucha una misma respuesta al tocar cada puerta.

¿Qué vamos hacer ya? —argumentaban muchos de valor probado y patriotismo intachable.

Y el fallido ejemplo de las expediciones de Narciso López; la inmólación de los Agüero, el ciclo heroico que arranca una madrugada en La Demajagua para extinguirse fatigado, solamente con el aletear rebelde de Baraguá, en un pacto falaz y el nuevo intento fracasado de Calixto García, que apenas encontró eco en un pueblo vencido por la extenuación en una lucha infructuosa, eran sólidos argumentos que oponían siempre a quien para contrarrestarlo, sólo

poseía una sola razón, quizás la más convincente que palpitaba en lo más profundo de su alma: la fe.

Esa fe que nunca sintió tibiezas, ni desmayo, porque de fijo, estaba inspirada en aquellas palabras que él mismo escribiera en memorable artículo, ignorando acaso que al ir delineando la silueta de otro gran prócer americano, estaba, sin duda alguna, dando cima a su auto-retrato. "Bolívar —estampó en aquellas líneas— era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampaguea-

ban y las palabras se le salían por los labios. Parecía como si estuviera esperando siempre la hora de montar a caballo. Era su país, su país oprimido que le pesaba en el corazón, y no le dejaba vivir en paz. La América entera estaba como despertando. Un hombre solo, no vale más que un pueblo; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa y que se deciden a la guerra, antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismos. Y los pueblos, tienen muchos hombres que no pueden consultarse tan pronto. Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de luchar por la libertad de su tierra, cuando parecía que en su tierra todos estaban cansados”.

Tal fue su mérito también. No cansarse en una lucha en la cual tenía enfrente un enemigo poderoso y avisado, que prometía, aunque nunca pensara cumplirlas, reformas liberales en la boca de un Maura o un Abazurza, mientras el incesante combatiente sólo veía en torno suyo, la decepción, el escepticismo, la extenuación y también, lamentablemente, el egoísmo, las rivalidades y las intrigas humanas.

Labor ingente la que se impuso este visionario que no esperaba ninguna recompensa al final de su duro camino, como bien lo advirtiera en lapidaria frase al viejo guerrero cuando lo invitaba a reanudar la lucha: “en pago de su esfuerzo sólo puedo prometer a usted en un futuro, la probable ingratitud de los hombres”.

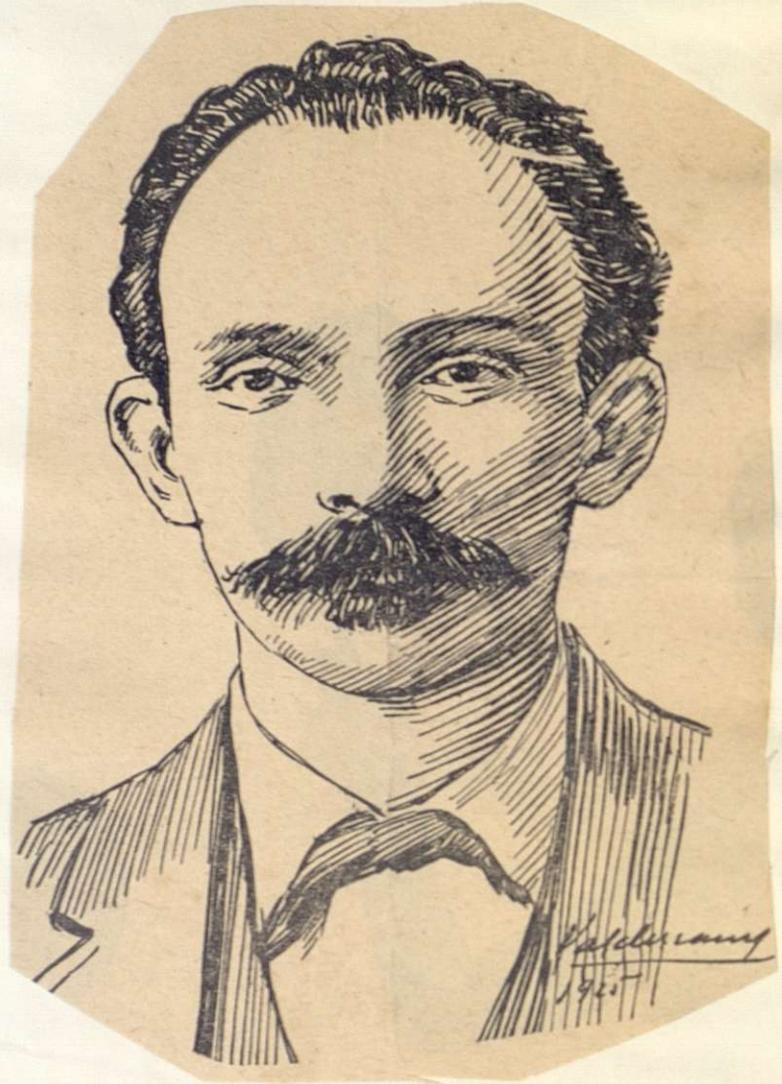
Aún quedaban dos grandes obstáculos que tuvo que vencer su fe inextingible: en Fernandina se alzó el primero y el otro, ya en tierra cubana, y durante la turbulenta reunión de La Mejorana. “El ideal, al fin, está en marcha y habrá de triunfar. Su presencia física ya poco importa sobre la tierra. Necesita ahora un más alto sitio para desde allí inspirar en la gesta heroica a los soldados de la libertad.

Por eso en aquel atardecer triste en que por los caminos de Remanganaguas marchaba un cortejo fúnebre y un cuerpo inerte colocado sobre toscos tablones era conducido por soldados enemigos, en los espacios siderales se vió fulgar un místico resplandor: era un nombre luminoso que se grababa en la gloria.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA